

**Joseph Simler sm**

4º Superior General de la Compañía de María

**GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE**

**Fundador de la Compañía de María**

**y del Instituto de las Hijas de María**

**(1761-1850)**

**Tomo II**

**Edición española crítica: Eduardo Benloch, sm**

**Traducción: Ignacio Otaño, sm**

**Edición original:**

**Guillaume Joseph Chaminade, chanoine honoraire de Bordeaux, fondateur de la Société de Marie et de l'Institut des Filles de Marie (1761-1850)**

Librairie Victor Lecoffre – Paris et Librairie Féret et Fils – Bordeaux 1901

**Edición en español:****En papel:**

© **Servicio de Publicaciones Marianistas. Madrid. 2005 (vol 1); 2006 (vol 2)**

**Digital:**

© **Ágora marianista. 2015**

**Abreviaturas usadas por el editor en este segundo volumen:**

ABT: Cartas de Adela de Batz de Trenquelléon, v. I, SPM, Madrid 1995, v. II, SPM, Madrid 2002.

AGMAR: Archivos Generales de la Compañía de María en Roma.

EP: Guillaume-Joseph Chaminade, *Écrits et Paroles*, 5 volumes, Piemme, 1994-2001. Edición en español en SPM. Madrid. desde 2012.

Lettres: Lettres de M. Chaminade, 8 tomes (I-V: Havaux, Nivelles 1930; VI-VIII: Éditions AGMAR, Roma 1977). Edición en español en SPM. Madrid. Desde 2012

J.V.: Joseph Verrier, SM, *Jalons d'histoire sur la route de Guillaume-Joseph Chaminade* (publicación pro manuscrito, comenzada en CEMAR, en marzo de 1977) Utilizaremos la edición de la Provincia de Francia.

La Gerbe-3 : Jean Philippe Auguste Lalanne, *Notice historique sur la Société de Marie de la Congrégation de Bordeaux* (Collection « La Gerbe », 3). Ambrogio Albano ha publicado en la primera parte de este volumen el folleto aparecido en 1858 en la Imprimerie de Mme V<sup>e</sup> Bélin, Saint Cloud, del cual no se conserva el manuscrito original.

**Especialmente para los dos últimos capítulos**

DA: *Vincent Vasey, Dernières années du Père Chaminade (1841-1850)*, Curia Generalizia dei Marianisti, Roma 1969. (edición en español: SPM. Madrid. 2013)

IH: *Beatificationis et canonizationis servi Dei Guilelmi Josephi Chaminade, sacerdotis fundatoris Societatis Mariae, vulgo marianistarum, (+1850) Inquisitio Historica...*, Romae 1970.

## Capítulo 24: Retrato del P. Chaminade: su fisonomía moral

En 1820, el P. Chaminade estaba en camino de cumplir los sesenta años. A una edad en que otros aspiran a un legítimo reposo, y vuelven sus miradas más hacia el pasado que hacia el futuro<sup>1</sup>, le hemos visto iniciar empresas nuevas, más audaces que todas las que habían llenado hasta entonces su fecunda carrera. Se diría que contaba con los veinte años de actividad que Dios le reservaba todavía. Sin embargo, él había alcanzado, humanamente hablando, el punto culminante de su existencia. Pronto vendrá el otoño, sin duda rico y fecundo, en que los frutos de medio siglo de labor caerán como por sí mismos en la mano del infatigable obrero, pero a menudo también cubierto de un cielo gris, atravesado de nubes sombrías, barrido a veces con ráfagas de frío, anunciadoras del invierno.

Hoy, todavía es verano con su cálida luz. El P. Chaminade aparece rodeado de sus múltiples obras, como de una mies que amarillea cuyas espigas están llenas: Congregación, Misericordia, órdenes religiosas fundadas o restauradas, diversas instituciones de caridad y de celo, le rinden el homenaje de su prosperidad y atraen sobre él las miradas. Está rodeado de respeto, o, mejor dicho, de la veneración universal.

Goza de la intimidad de monseñor d'Aviau; tiene acceso libre a él<sup>2</sup>. Si ya no ejerce en los asuntos de la diócesis la influencia que se le atribuía en tiempo del Imperio, es porque voluntariamente se ha borrado para no hacer sombra<sup>3</sup>; el prelado respeta su delicadeza y le testimonia su confianza. La junta de fábrica<sup>a</sup> de Sainte-Eulalie, por ejemplo, formula una nueva queja y el arzobispo la transmite simplemente al P. Chaminade, rogándole que le dicte él mismo los términos de la respuesta. No esconde la alta estima en que tiene a su canónigo. Se discutía un día, en su presencia, sobre el mérito oratorio de su clero: uno atribuía la palma al P. Maurel, otro al P. Goudelin. «No, responde el prelado, mi mejor orador es el P. Chaminade»: juicio significativo en el que se ve que monseñor d'Aviau apreciaba el valor del apóstol mucho más que el del artista, que era mediocre<sup>4</sup>. A veces sus consejeros censuran las obras del P. Chaminade. El prelado defiende al acusado y para las objeciones diciendo: «Dejadle hacer, no les hará cometer un pecado mortal»<sup>5</sup>.

La alta sociedad bordelesa le estima y le consulta. Varios de sus miembros se honran con su amistad: para nombrar sólo a dos de los más destacados, el señor Ravez, «el águila de la abogacía girondina»<sup>6</sup>, entonces presidente de la cámara de diputado, y el señor de Saget, presidente de la cámara de la corte real, también de gran talento. Estrechamente ligado al P. Chaminade, el señor de Saget se puso a su escuela y aprendió de él una ciencia que conocía menos que muchos otros, la de Dios y de la eternidad<sup>7</sup>.

Este afecto es el mismo en todos los que, grandes o pequeños, se le acercan lo suficiente como para conocerle. La sirvienta de sus padres en Saint-Laurent, Marie Dubourg, que durante la Revolución expuso varias veces su vida para salvar la de su señor, volvió a ponerse a su servicio desde que el P. Chaminade volvió de España, aunque no pudiese esperar ventajas por su

<sup>1</sup> Decía Joseph de Maistre a los sesenta años: «No soy más que un viejo prisionero que tiene, a lo más, el derecho a mirar por la ventana».

<sup>2</sup> Una muestra es esta nota del 10 de enero de 1826 a David Monier: «Tengo ganas de hacerme invitar a cenar al arzobispado para hablar con tranquilidad tanto con el P. Barrès (el vicario) como con monseñor». *Carta 386, Lettres, t. II, p. 167.*

<sup>3</sup> El hecho es referido en una carta de Caillet a Chaminade, donde da cuenta de una conversación que ha tenido con monseñor Donnet (13 de julio de 1838). *La carta de Caillet a Chaminade es del 2 de agosto de 1838; y la entrevista con monseñor Donnet fue el 30 de julio de 1838. Cfr. AGMAR 27.6.267.*

<sup>a</sup> *Sobre el sentido de la palabra "fábrica", véase la nota f de la página 292 de la primera parte de esta biografía.*

<sup>4</sup> La anécdota nos ha sido contada por Guyon de Bellevue, secretario del P. Chaminade durante algunos meses y muerto siendo canónigo de Agen en el mes de febrero de 1900. *En la breve reseña biográfica de Guyon de Bellevue que hay en Lettres, t. II, p. 499, se dice que murió en 1902.*

<sup>5</sup> Lalanne, *Notice historique*, p. 16. *La Gerbe-3, p. 23.*

<sup>6</sup> La expresión es de Cormenin, Féret, *Biographie*, p. 530.

<sup>7</sup> Véase su reseña biográfica en Féret, *Biographie*, p. 553.

dedicación. Esta excelente persona, legendaria para todos los habituales de la Madeleine, «el verdadero tipo de la mujer bordelesa, con su cofia de muselina y de encajes que lleva todavía con orgullo y su gran cruz de oro sobre el pecho»<sup>8</sup>, no abandonará ya al P. Chaminade y morirá junto a él. No menos fiel es su criado, Jean Larquey, encargado del cuidado de la iglesia y de las salas de la congregación, modelo de honradez y piedad, así como de docilidad hacia su señor que venera. Los congregantes adoran al P. Chaminade. Les puede pedir lo que quiera, seguro que no se lo negarán.

Sin embargo, la naturaleza no le ha deparado ninguno de esos dones que hacen destacar a un sacerdote. No tiene nada del orador que atrae y subyuga a las masas. Su palabra es lenta, más bien pausada, su cadencia un poco monótona, su pronunciación sensiblemente perigordina. No le gusta aparecer en público: Al contrario, «completamente retirado del mundo y casi demasiado encerrado en su modesto despacho, no tiene más ocupación que sus obras de celo, y su conversación es sólo sobre Dios»<sup>9</sup>.

Es uno de esos hombres «que parecen nacidos para iluminar y conducir a los demás»<sup>10</sup>, pero su influencia es íntima y sus conquistas individuales. Un exterior afable, una fisonomía simpática, maneras distinguidas y sencillas a la vez, una acogida bondadosa abren los corazones y los ensanchan. Dotado de esa exquisita cortesía que le ha legado el siglo precedente, llegará, siendo un anciano de ochenta años, a ceder el paso a un joven de veinte<sup>11</sup>. Una palabra llena de sentido y sobre todo una gran bondad acaban por seducir. «Fascina a todos los que se le acercan, y ejerce este encanto con tal candor y tal caridad que cada uno lo experimenta naturalmente»<sup>12</sup>.

Efectivamente, los hombres se dejan ganar por el corazón, y por él el P. Chaminade atrae a muchas almas. Ama, no con la sensibilidad superficial que se conmueve pronto y olvida enseguida, sino con el verdadero afecto que se traduce en la entrega y el sacrificio. El amor por sus jóvenes y sus religiosos le mantiene constantemente preocupado por sus intereses eternos y temporales. Los rodea con una atención realmente paternal, no se desinteresa ni de su salud ni incluso de sus indisposiciones. Escribe a uno de ellos que le ha ocultado un mal pasajero<sup>13</sup>: «Le ruego que en lo sucesivo no me lo oculte. Yo no estaría tranquilo si temiese que usted guarda silencio en lo referente a su salud».

Las conclusiones de sus cartas están llenas de la expresión de la más viva ternura. Dice por ejemplo<sup>14</sup>: «Le abro mis brazos para abrazarle y apretarle tiernamente en mi corazón paternal». Y también<sup>15</sup>: «Esta carta será más dichosa que yo: ella caerá en sus manos, y yo permaneceré alejado en veinte leguas. Le abrazo de corazón, no pudiendo hacerlo en persona». A todos los que se le acercan rodea de las más delicadas atenciones, cultivando «esa benevolencia, esa benignidad», que san Francisco de Sales llamaba «las finas flores de la bondad, virtudes de poco aparato, pero excelentes».

Ese afecto se traduce también en longanimidad, en una longanimidad sorprendente cuando se dirige a aquellos de sus hijos de los que tiene razones para quejarse. Nunca, respecto a ellos, una palabra amarga, nunca una interpretación desfavorable. La lectura de su correspondencia en los momentos más penosos de su vida desconcierta por el espectáculo que ofrece de tanta dulzura y mansedumbre<sup>16</sup>. Encuentra en el fondo de su alma acentos suplicantes para con los que se desvían del camino recto y, después de mostrarles su falta, firma: «El que se dice su padre, y padre muy afligido»<sup>17</sup>. Inclinado siempre a la indulgencia, aboga ante los directores por la causa de sus hijos indóciles<sup>18</sup>, está siempre dispuesto a creer en el arrepentimiento y es lento para decidirse a una ejecución a veces indispensable: recurrir al Buen Padre, es asegurarse una sentencia favorable.

<sup>8</sup> Notas manuscritas del Padre Lestrade, muerto siendo párroco de Saint-Pierre-de-Mons (Gironde). *AGMAR 17.4.310, p. 29.*

<sup>9</sup> Lalanne, *Notice historique*, p. 3. *La Gerbe-3, p. 13.*

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 2.

<sup>11</sup> *Recuerdos del P. Demangeon. AGMAR 17.6.224.*

<sup>12</sup> Lalanne, *ibidem*.

<sup>13</sup> A David Monier, 3 de junio de 1823. *Carta 238, Lettres, t. I, p. 429.*

<sup>14</sup> A Louis Rothéa, 17 de diciembre de 1821. *Carta 183, Lettres, t. I, p. 312*

<sup>15</sup> Al P. Lalanne, 5 de abril de 1833. *Carta 681, Lettres, t. III, p. 281.*

<sup>16</sup> Hacemos alusión particularmente a las dificultades suscitadas por David Monier en Saint-Remy en 1823, y por el P. Lalanne, tanto en Saint-Remy como en Layrac, después de 1830. Tendremos ocasión de hablar de ello.

<sup>17</sup> Al señor Ch..., 1837.

<sup>18</sup> Cartas a Meyer, 3 de febrero y 2 de abril de 1837. *La carta del 3 de febrero es a la Comunidad de*

No es menor su bondad para con los pequeños, extraños a él y a los suyos. ¡A cuántos desgraciados ha salvado! ¡A cuántos jóvenes y sobre todo a cuántas jóvenes ha protegido del peligro! Su correspondencia lo muestra ocupado sin cesar en algún asunto de este tipo. Para él no es más que un detalle, casi un descanso de sus grandes ocupaciones.

El P. Chaminade atrae a las almas por su bondad: las retiene por la inalterable *serenidad* de su carácter que constituye el rasgo más saliente de su fisonomía tanto física como moral. Se lee esa serenidad en esa frente alta y tranquila, en sus ojos grises y bondadosos, en esa boca que ignora la sonrisa amarga, en esa tez blanca, en esos largos cabellos que caen en bucles plateados sobre sus espaldas, en esa perfecta regularidad del rostro que uno de sus discípulos compara a la que los artistas del renacimiento dan a la figura de Cristo<sup>19</sup>. La misma lentitud de su palabra y de todos sus pasos denota el alma siempre dueña de sí misma, que no agita ninguna pasión. No ríe nunca, y menos todavía se enfada. Nos dice el P. Lalanne<sup>20</sup>: «Su extrema sensibilidad no se manifestaba más que por una ligera alteración de voz y las lágrimas que corrían por sus ojos. La costumbre de contenerse reprimía tan bien sus primeros movimientos que se le consideraba impasible».

El elogio y la censura, la prosperidad y la contradicción le dejan siempre igual a sí mismo. Es felicitado por sus éxitos y dice<sup>21</sup>: «Me sonrío a veces cuando algunas personas atribuyen estos resultados a mi espíritu y a mi capacidad». le dirigen reproches y responde con sencillez<sup>22</sup>: «Se lo agradezco; yo ya estaba convencido de que tenía muchos defectos, y defectos superiores a los que mi deber me obliga a reprochar a veces a los demás: hoy he adquirido una nueva convicción». Agradeciendo a uno de sus hijos que censura alguna de sus decisiones, le dice<sup>23</sup>: «Le agradeceré, querido hijo, que si usted percibe algo negativo en mi manera de obrar, me lo haga saber. Toda edad es buena para recibir buenas advertencias y adquirir experiencia».

Ni la enfermedad que le visita casi cada invierno<sup>24</sup>, ni la pobreza y privaciones que sufre, ni los peligros que corre durante el Terror, ni el exilio, ni el encarcelamiento ni ninguna de las contradicciones que alcanzan a sus obras y a su persona<sup>25</sup>, son capaces de arrancarle una sola palabra de murmuración: *Non contristabit justum quidquid ei acciderit*, dice el sabio<sup>26</sup>. Estas contradicciones o estas pruebas diversas no podían alterar esa paz profunda cuya expresión se resume en estas palabras dirigidas a monseñor d'Aviau en medio de la mayor tormenta suscitada contra la Madeleine: «¡Que el nombre del Señor, para gloria del cual hacemos todo y emprendemos todo, sea bendito para siempre!»<sup>27</sup>.

El secreto de esa paz reside en la conformidad con la voluntad de Dios. Su oración favorita, de la que no se cansa de enseñar la fórmula y sobre todo la práctica, es esta: «Sea hecha, alabada y eternamente exaltada, la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas». Escribe al P. Lalanne<sup>28</sup>: «Sí, querido hijo, yo le diré siempre: Haga la voluntad de Dios. El cumplimiento de esta justísima y amabilísima voluntad es el que trae la paz y la alegría del alma. *Quis restitit Deo, et pacem habuit?*». Y él mismo, según nos dice<sup>29</sup>, sacaba de ello «muy buenos

*Courtefontaine, de la cual era superior Meyer, Carta S. 933 bis, Lettres, t. VIII, pp. 646-647; la del 2 de abril de la 950, Lettres, t. IV, p. 139.*

<sup>19</sup> Lalanne, *Notice hist.*, p. 2. *La Gerbe-3, p. 13*. He aquí la descripción del P. Chaminade según un pasaporte que le fue entregado en Colmar el 4 de octubre de 1835: «74 años, 1 m. 68, cabellos blancos, frente muy despejada, cejas grises, ojos grises, nariz media, boca media, barba blanca, mentón redondo, destacado, rostro oval, tez blanca». Sus discípulos nos dicen que era miope.

<sup>20</sup> *Ibidem*.

<sup>21</sup> Carta al P. Caillet, 23 de julio de 1825. *Carta 362, Lettres, t.II, p. 101*.

<sup>22</sup> Al P. Lalanne, 16 de noviembre de 1830. *Carta 561, Lettres, t. II, p. 543*.

<sup>23</sup> A Clouzet, 7 de marzo de 1827. *Carta 430, Lettres, t. II, p. 266*.

<sup>24</sup> Un resfriado catarral que varias veces estuvo acompañado de síntomas muy graves. Tenía siempre en el brazo un cauterio, que le hacía sufrir, pero era indispensable para la conservación de su salud.

<sup>25</sup> «Estoy probado por todas partes», escribe a David Monier el 18 de noviembre de 1823. *Carta 257, Lettres, t. I, p. 473*

<sup>26</sup> Prov. 12,21.

<sup>27</sup> 5 de febrero de 1819. Véase más arriba capítulo 16. *Volumen I, p. 294*.

<sup>28</sup> 17 de mayo de 1833. *Carta 687, Lettres, t.III, p. 291*.

<sup>29</sup> Carta a David Monier, 9 de diciembre de 1823. *Carta 263, Lettres, t. I, p. 485*. Sin embargo, nunca creía haber conseguido esa resignación perfecta a la que tendía, y se quejaba al propio David Monier «de sentir quizás demasiado algunas veces el contrapeso de las solicitudes e inquietudes diversas que le asedian de todas partes» (25 de abril de 1823. *Carta 234, Lettres, t. I, p. 416*).

efectos para su alma», sobre todo cuando estaba afectado por inquietudes turbadoras para la naturaleza, que persistían durante largos meses. Repetía entonces<sup>30</sup>: «Son pocos los días en que yo no tenga que decir: Dios lo ha permitido así, es preciso que yo lo permita, es preciso que yo me someta».

Esta tranquilidad, conquistada sobre todo en la adversidad, está hecha no sólo de confianza en Dios, sino también de humildad y de modestia. No se atribuye ningún mérito propio. Él se borra a los ojos de los hombres. Aparte del título de canónigo que no ha podido rehusar, no acepta ningún honor, ninguna dignidad, no presta su nombre a ningún comité importante, se difumina en sus propias obras, para dejar su mérito aparente a los que él emplea. Su acción en Burdeos es ignorada por la masa, es más sospechada que conocida por parte de la gente atenta. No habla nunca para reivindicar un mérito, por muy legítimo que sea<sup>31</sup>. Al contrario, eleva la voz cuando estima que el elogio ha sobrepasado los derechos de la más estricta verdad y exige una retractación por parte de sus admiradores demasiado celosos. Ese fue el desengaño de sus amigos de París que le habían hecho ser conocido por el prefecto de policía de Chabrol bajo un prisma demasiado adulador a su juicio. Les dice pidiendo la rectificación<sup>32</sup>: «Seamos delante de los hombres lo que somos delante de Dios, pobres por nosotros mismos, sin cubrimos de los despojos ajenos». En todas partes lleva la preocupación de disminuir la importancia de su persona, sobre todo cuando está en juego sólo ella. Un simple detalle lo revela: apostillando una súplica destinada al Papa, monseñor d'Aviau califica al P. Chaminade de «sabio director de la Congregación». El P. Chaminade, al transcribir la súplica y la apostilla para los archivos de su secretaría, omite el calificativo de «sabio» puesto al lado de su nombre: modestia sin testigos, que describe bien a esta alma que va hacia Dios sin retorno. Finalmente, le hemos visto no tener inconveniente para abajarse ante sus inferiores y servirles a la mesa, a pesar de su edad y su dignidad de superior general y fundador.

Dice la *Imitación de Cristo*<sup>33</sup>: «Cuanto más humilde sea un hombre y más se someta a Dios, más sabio y moderado será en todo». Efectivamente, en el P. Chaminade, la serenidad de su confianza en Dios y de su modestia, se traduce en *sabiduría* y en *moderación* en toda su conducta: la pasión no tiene sitio en su vida.

También sus relaciones con Dios parecen reguladas por esta sabiduría, que no deja sitio al capricho ni a la presunción, y que le impide comprometerse en caminos extraordinarios. Cumple con sencillez todo lo que la voz de su conciencia le muestra como querido por Dios: no se considera con derecho de ir más allá ni de quedar más acá.

En su religión, nada de iluminismo: una fe fuerte, inquebrantable, apoyada en la voluntad y no en el sentimiento. En su devoción ninguna huella de minucia o de superstición. Su ternura por María, su confianza ilimitada en San José, no excluyen ni una oración apremiante ni el empleo de los medios humanos que están a su alcance. Espera sólo de Dios el éxito de sus empresas, pero se esfuerza, para no ser un obstáculo, en santificarse en proporción a los grandes efectos que espera.

Se queja de que «las ocupaciones continuas no le dejan conversar suficientemente con Dios»<sup>34</sup>. Y sin embargo, por muy acuciado que esté por asuntos de todo tipo, no les sacrifica sus oraciones cotidianas ni su retiro anual; a menudo escribe sus meditaciones. Hasta en su vejez, alimenta sin cesar con lecturas piadosas la lámpara de su fe, que destella siempre un resplandor tan vivo. Toda su jornada está como embalsamada de oraciones e invocaciones, y, a la noche, no se duerme sin haber repetido antes treinta veces el santo nombre de Jesús.

Sabe que la virtud personal sólo se desarrolla en la mortificación y que el evangelio se propaga con la ayuda del sufrimiento. Sin embargo, si hace penitencia, no en un día de fervor sino con la perseverancia de una voluntad constante en sus resoluciones, no deja aparecer nada, en lo que depende de él. Incluso entre sus amigos es considerado como «sobrio sin austeridad»<sup>35</sup>. Pero en

<sup>30</sup> A Clouzet, 25 de julio de 1825. *Fecha ligeramente equivocada, es la Carta 364, de 26 de julio de 1825, Lettres, t. II, p. 105.*

<sup>31</sup> Véase un ejemplo más arriba a propósito de los pequeños Savoyards, en el capítulo 17. *Volumen I, pp. 308-315.*

<sup>32</sup> Carta al P. Caillet, 1825. *No es una carta dirigida al P. Caillet, se trata de la carta 383, dirigida a M. O'Lombel, el 6 de diciembre de 1825, Lettres, t. II, p. 152.*

<sup>33</sup> I, IV, 2.

<sup>34</sup> En el retiro de 1822. Dice también a la Madre de Trenquelléon el 9 de agosto de 1917: «Ruegue por su padre, para que pueda salvarse trabajando en salvar a los demás». *Carta 92, Lettres, t. I, p. 161.*

<sup>35</sup> *Notice historique*, p. 2. *La Gerbe-3, p. 13.*



la disciplina llegaba hasta sangrar, como lo atestiguan, en dos períodos diferentes de su vida, dos testigos bien colocados para saberlo, puesto que cuidaban de su ropa interior<sup>36</sup>. Anda lentamente, sobre todo en los últimos años de su vida, porque, como nos lo ha transmitido uno de estos dos testigos<sup>37</sup>, tiene unas uñas encarnadas que entran en vivo en su carne, y que él no cuida para sufrir más.

Sus votos de pobreza, castidad y obediencia, pronunciados a la edad de catorce años y siempre renovados, contribuyen a conservar en su alma su total serenidad, desprendiéndole de las cosas pasajeras de la tierra. No se considera propietario de ninguno de los bienes temporales que le son confiados. Dice que «estos bienes pertenecen al Señor»<sup>38</sup>; él no es más que el administrador. Las cuestiones de dinero le inquietan poco cuando no le conciernen más que a él. A pesar de la penuria en que se encuentra siempre, porque da a medida que recibe, deja a sus congregantes de una sola vez más de ochocientos francos de atrasos que le deben por sus cotizaciones voluntarias para el mantenimiento de la Madeleine<sup>39</sup>.

Tanto en su persona como en su habitación no hay nada de rebuscamiento o de lujo. Todo está limpio, pero es sencillo y pobre. La habitación grande mal iluminada que ha ocupado durante los treinta últimos años de su vida<sup>40</sup> no tiene más que la cama y algunos muebles viejos. Está adornada con dos o tres imágenes de piedad traídas de España y cuadros de bordado, probablemente recuerdos de familia. Estos objetos de piedad le dan la ocasión de llevar la conversación sobre cosas espirituales y de elevar a Dios el alma de sus visitantes: un cuadro de la Samaritana provoca llamadas inflamadas a una fe más viva: *Si scires donum Dei!*, dice después de haber descrito la escena evangélica<sup>41</sup>.

Si la sabiduría y la moderación dirigen su vida espiritual, no es menor la influencia que ejercen en el conjunto de su conducta ordinaria y hasta en los menores detalles de su vida de todos los días. Los médicos le han aconsejado tomar rapé. No se dejará esclavizar por un hábito difícil de dominar cuando se ha contraído: alejará entonces su tabaquera de su mesa de trabajo para verse obligado a levantarse cada vez que quiera tomarla. Un religioso<sup>42</sup> le pidió un día, por razones de salud, autorización para tomar rapé. Él, mostrándole su tabaquera en la estantería cerca de la ventana, le dijo: «Si no se toman precauciones, este hábito degenera en pasión; ahora bien, el religioso debe predicar la moderación en todo».

No se mezcla en cuestiones candentes de la política: nunca sus familiares le oyen hablar sobre este tema. No es que se desinterese: todos los días lee el periódico y, cuando llega el momento, cumple fielmente sus deberes de ciudadano: en julio de 1830 llega a atrasar un viaje para participar en las elecciones<sup>43</sup>. Pero estima que una vez cumplida esta tarea, no debe entregar su alma a las agitaciones estériles de los partidos, que debe su energía a una causa más santa y que no puede negar su respeto y sumisión al poder constituido, cualquiera que sea. Tanto respecto al gobierno de 1830 como al de 1809, podrá con toda sinceridad acogerse «a sus principios bien conocidos de moderación»<sup>44</sup>.

Sus cartas están marcadas por una moderación de lenguaje, una reserva en el juicio, en una palabra por una caridad que, incluso en los casos más evidentes, no interpreta como mal las alusiones de los que le escriben, no señala sus inconveniencias y sobre todo no les sigue nunca en el terreno de la polémica y de la pasión<sup>45</sup>. Escribe al P. Lalanne<sup>46</sup>: «No, su carta no debía irritarme; no

<sup>36</sup> Justin Dumontet, que vive todavía y nos ha dado testimonio escrito y oral, y Jean-Baptiste Bidon, cuyo testimonio es recogido por Eugène Canette en sus notas manuscritas. *AGMAR 17.4.204, AGMAR 17.4.196; AGMAR 17.4.217*

<sup>37</sup> Jean-Baptiste Bidon. *En una nota manuscrita lo cuenta E. Canette AGMAR 17.4.217, diciendo que lo supo de Jean-Baptiste Bidon.*

<sup>38</sup> Escribe, por ejemplo, el 27 de diciembre de 1826 a la señora d'Oussières, en Arbois: «Todo lo que tengo y todo lo que pueda tener en lo sucesivo está consagrado al Señor desde hace tiempo». *Carta 423, Lettres, t. II, p. 250.*

<sup>39</sup> Registro del Consejo, 6 de abril de 1820. *Documento que falta, según nota en AGMAR 14.1.9-10*

<sup>40</sup> En el primer piso del nº 4 actual de la calle Lalande.

<sup>41</sup> Notas manuscritas de Justin Dumontet. *AGMAR 17.4.196.*

<sup>42</sup> Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.201.*

<sup>43</sup> Carta del 25 de junio de 1830 al párroco de Barran (Gers). Era esperado en esta región, y él fue después del 3 de julio, día de las elecciones. *Carta 529, Lettres, t. II, p. 488.*

<sup>44</sup> En los documentos de las dos épocas, los términos son poco más o menos idénticos.

<sup>45</sup> En este punto, su correspondencia con el P. Lalanne en 1831 y 1832 es particularmente instructiva.

recuerdo en mi vida haberme irritado por las buenas razones, aunque sean contrarias a mis puntos de vista y a mis sentimientos». Su lenguaje es siempre tan mesurado que, cuando es mal comprendido, puede apelar a su conducta habitual. Dice a propósito de un error del copista<sup>47</sup>: «Me extraña que el P. Caillet y el señor Clouzet, que tan bien deben conocer mis sentimientos y sobre todo el cuidado habitual que tengo de no mortificar a nadie, no hayan sospechado este error». Otra vez escribe a Clouzet<sup>48</sup>: «Me extraña que el P. Caillet le haya dicho que le he aconsejado no tener muchos miramientos con el señor David [Monier]. Esta respuesta no se corresponde a mi carácter, como habrá podido observar».

En las ocupaciones, el P. Chaminade aporta esta misma calma, este dominio de sí mismo. Sin duda, arde de deseos de extender la gloria de Dios y escribe, por ejemplo, a un sacerdote de Auch<sup>49</sup>: «¡Trabajemos! Usted conoce mi ambición de iluminar con el fuego del amor divino a toda Francia». Y el mismo día al prefecto de la congregación de Auch<sup>b</sup>: «Por la gran misericordia de Dios, desde hace tiempo no vivo ni respiro más que para propagar el culto de la augusta María». Y sin embargo, guarda una admirable sangre fría y observa a la letra el precepto que da a sus hijos<sup>50</sup>: «El espíritu de Dios es muy activo, pero no es precipitado». Dice también<sup>51</sup> «Tengamos cuidado de no preocuparnos; seamos siempre fríos a la hora de obrar. Que todo nuestro fuego se concentre en nuestro corazón, que no debe buscar más que complacer a Dios en todo». La Madre de Trenquelléon le admira en este punto, como en muchos otros, y lo propone como ejemplo a sus hijos<sup>52</sup>: «Veamos cómo actúa el P. Chaminade: no se apresura, mantiene siempre el dominio de sí mismo; y sin embargo lleva a cabo muchas cosas, porque la gracia hace mucho».

Efectivamente, aquí está su secreto: piensa que, si no se agita, el Espíritu Santo operará con más libertad. Escribe a Clouzet<sup>53</sup>: «Haga lo que dependa de usted para ganar una completa paz de su alma y mantenerse en ella. Cuanto más ocupado esté, más a menudo necesita entrar dentro de usted mismo. Hágalo al menos en alguna acción principal de la mañana o de la tarde. Y para que esta práctica produzca todo su efecto, en cada acción principal, entre en un profundo recogimiento, suspendiendo durante uno, dos e incluso tres minutos cualquier otro pensamiento, sentimiento, etc. Modere su actividad natural y espere que todo vaya bien». Al mismo le dice todavía<sup>54</sup>: «Es preciso llegar a que el amor de Dios domine toda su alma. Los mayores trabajos y las ocupaciones más numerosas, mandados por este divino amor, no turban el alma. El amor no hace más que inflamarse cada vez más». Y añade<sup>55</sup>: «No se preocupe, querido hijo, del gran número de ocupaciones de que está cargado. No le faltará la asistencia de nuestra divina Patrona».

Todo gana con esta calma, tanto el alma, que queda en posesión de toda su fuerza, y las mismas ocupaciones que se realizan mejor y más rápidamente. Dice todavía el P. Chaminade<sup>56</sup>: «Usted encontrará ahí la paz del alma, la fuerza, el coraje y sobre todo lo que hace multiplicarse cuando se está sobrecargado».

Sin este dominio de sí, nunca habría podido el P. Chaminade afrontar la sorprendente multiplicidad de sus ocupaciones. Ya bajo el Impero, se sentía desbordado. Peor fue después de la Restauración y, en 1815, se quejaba de verse obligado a pasar «semanas enteras sin tomar la pluma»<sup>57</sup>. El trabajo iba creciendo y a pesar de la ayuda de varios secretarios a los que dictaba sus cartas, no conseguía mantenerse a flote. Escribe a la Madre de Trenquelléon<sup>58</sup>: «Usted comprende,

<sup>46</sup> 7 de marzo de 1836. *Carta 826, Lettres, t. III, p. 588.*

<sup>47</sup> A Bardenet, el 25 de junio de 1824: el secretario había escrito *en excès* [en exceso] en lugar de *annexée* [adjunta], lo que hacía la frase injuriosa para Bardenet. *Cfr. Lettres, t. I, p. 569.*

<sup>48</sup> 5 de abril de 1824. *Carta 281, Lettres, t. I, p. 537.*

<sup>49</sup> Al P. Larrieu, 5 de diciembre de 1825. *Carta 382, Lettres, t. II, p. 149.*

<sup>b</sup> *Carta 381, Lettres, t. II, pp. 143-142.*

<sup>50</sup> A Friedblatt, 29 de diciembre de 1838. *Carta 1107, Lettres, t. IV, p. 436.*

<sup>51</sup> A la Madre Saint-Vincent, 22 de octubre de 1838. *Carta 1086, Lettres t. IV, p. 393.*

<sup>52</sup> A la Madre Teresa, 12 de octubre de 1820. *ABT, carta 409.6, Vol. II, pp. 167-168.*

<sup>53</sup> 26 de agosto de 1824. *Carta 312, Lettres, t. I, p. 617.*

<sup>54</sup> 2 de enero de 1839. *Carta 1108, Lettres, t. IV, p. 440.*

<sup>55</sup> 19 de febrero de 1839. *Carta 1118, Lettres, t. IV, p. 456.*

<sup>56</sup> A Clouzet, 9 de abril de 1827. *Es una cita no textual. Cfr. Carta 432, Lettres, t. II, p. 272.*

<sup>57</sup> A Adela de Trenquelléon, 6 de diciembre de 1815. *La fecha de esta cita está equivocada; el P. Simler parece aludir a la carta 47, de abril de 1814, Lettres, t. I, p. 47.*

<sup>58</sup> 11 de febrero de 1818. *Carta 96, Lettres, t. I, p. 171.* El 11 de marzo siguiente: «O porque mis trabajos se multiplican o porque soy menos expeditivo o porque mis ayudantes o secretarios están demasiado



querida hija, que le escriba de prisa. Estoy como asediado de gente y de ocupaciones desde la mañana temprano hasta la noche muy tarde. ¡Que el Señor sea glorificado por ello!». A medida que avanzaba, «la tormenta de asuntos, según su expresión<sup>59</sup>, estaba muy lejos de disminuir»: «Mis ocupaciones, dice él<sup>60</sup>, crecen cada vez más; con la gracia del Señor que me las envía, espero llevarlas a cabo». No era siempre posible. Dejaba cartas sin respuesta durante varios meses, y los que le escribían no dejaban de pedir una sola palabra de respuesta, con tal de que fuese a tiempo. Él se lamentaba<sup>61</sup>: «¡Cuántos acreedores de cartas y respuestas para los que soy un deudor casi insolvente». Prolongaba su trabajo hasta bien avanzada la noche, y no bastaba. A menudo sus cartas están fechadas a las diez, a las once o a las doce de la noche, y acompañadas con estas palabras: «Se me cierran los ojos»<sup>62</sup> o «el sueño y la fatiga me abruman»<sup>63</sup>.

Al menos, gracias a este perfecto dominio de sí mismo, todo lo que hacía estaba bien hecho. Si sólo se tratase de la dirección espiritual, su larga experiencia hubiese bastado. Pero a menudo se trataba de asuntos temporales, algunos graves, referidos a sus nuevas fundaciones y su desarrollo. Se dejaba guiar entonces por esa prudencia de la que tenía fama desde el tiempo de la Revolución e incluso antes. Algunos sostenían que la lentitud de su palabra era debida en parte al cuidado que ponía en no decir más que lo que convenía en cada circunstancia<sup>64</sup>.

Su lentitud en decidirse cansaba a las personas precipitadas e impacientes. Escribía al P. Lalanne<sup>65</sup>: «Usted considera tímida la prudencia que me guía; pero usted sabe, querido hijo, que la timidez entra esencialmente en el carácter de una verdadera prudencia». Sin turbarse, examinaba un asunto en todos sus aspectos, tomando todas las precauciones para que no se le escapase ninguna información, para que no le faltase ninguna opinión útil, aunque fuese de sus inferiores. Escribe a Clouzet<sup>66</sup>: «Tengo por costumbre consultar antes de mandar, consultar sobre todo a los que deben ejecutar».

El argumento preponderante, el que invariablemente inclinaba la balanza en un sentido u otro era la voluntad de Dios. Toda su preocupación era asegurarse de ello. Revelaba su propia línea de conducta cuando trazaba una a Clouzet en los términos siguientes<sup>67</sup>: «Quiero que usted sea prudente; la prudencia es una de las principales cualidades de un primer jefe. Pero quiero que su prudencia se guíe por la antorcha de la fe, al mismo tiempo que se sirve de las luces de la razón. El Espíritu Santo dice que las miras humanas son tímidas e inseguras. Busque en todo sólo a Dios y su benplácito». Con la Madre de Trenquelléon emplea el mismo lenguaje<sup>68</sup>: «Como los fines de este Instituto son todos de orden sobrenatural, yo no quisiera en usted una sabiduría puramente natural, sino esa sabiduría que viene de lo alto; quiero, por tanto, que pida sin cesar al Padre de las luces adquirir una gran fidelidad a los movimientos de la gracia y una gran pureza de corazón».

Ponía toda su confianza en la oración, en la reflexión en presencia de Dios. Decía un día<sup>69</sup>: «No recuerdo haber hecho ninguna institución sin examinar si estaba en el orden de la Providencia». Si tenía necesidad de luz sobre algún punto, bajaba a la capilla de la Madeleine por la puerta que comunicaba directamente con su casa, se prosternaba mucho tiempo ante el Santísimo Sacramento y se levantaba dispuesto a dar una solución. Una vez encontrada la solución, no le paraba ningún obstáculo. Su voluntad era de hierro, y sus discípulos<sup>70</sup> son unánimes en presentarlo como incapaz de ceder en un punto en que la voluntad de Dios se le hubiera presentado como cierta, aunque fuese preciso esperar años, pero llegando siempre a los fines.

Si concluía que había que rechazar el asunto, no volvía sobre su decisión, por mucha presión que se le hiciese. Así la fundadora del Buen Pastor de Rouen, la señora Anjorran, le

sobrecargados, el caso es que estoy atrasado en muchas cosas» *Carta 97, Lettres, t. I, 172.*

<sup>59</sup> 4 de diciembre de 1821, a la Madre de Trenquelléon. *Carta 180, Lettres, t. I, p. 309.*

<sup>60</sup> 9 de agosto de 1817 a la Madre de Trenquelléon. *Carta 92, Lettres, t. I, p. 161.*

<sup>61</sup> 18 de enero de 1825, a Clouzet. *Carta 321, Lettres, t.I, p. 636.*

<sup>62</sup> 10 de junio de 1823, a David Monier. *Carta 240, Lettres, t. I, p. 434.*

<sup>63</sup> 29 de octubre de 1830. *A Lalanne. Carta 555, Lettres, t. II, p. 532.*

<sup>64</sup> Es la reflexión de Monroc en Clairac. Recuerdos manuscritos de Eugène Canette. *AGMAR 17.4.217.*

<sup>65</sup> Abril de 1836. *Es del 4 de abril. Carta 831, Lettres, t. III, p. 600.*

<sup>66</sup> 27 de junio de 1824. *Carta 300, Lettres, t. I, p. 590.*

<sup>67</sup> 26 de agosto de 1824. *Carta 312, Lettres, t. I, p. 617.*

<sup>68</sup> 30 de diciembre de 1816. *Carta 81, Lettres, t. I, p. 139.*

<sup>69</sup> A Clouzet, 20 de marzo de 1827. *Carta 431, Lettres, t. II, p. 269.*

<sup>70</sup> Por ejemplo el P. Caillet o el P. Lalanne; véase más arriba, capítulo 11. *Volumen I, p. 178.*

suplicaba que le ayudase en la redacción de sus Constituciones. Él le contesta<sup>71</sup>: «No le oculto el apuro que experimento al responderle. Por una parte, su insistencia es humilde y apremiante y, por otra, creo ver tan claramente que Dios no quiere que yo me ocupe de una obra a la que no me ha llamado que no podría sin temeridad ingerirme en ella lo más mínimo». Entre otras razones de su negativa, alega, por un lado, las indicaciones de la Providencia, que no le ha inspirado nada respecto a esta obra, y, por otro lado, «la inmensidad de sus propios trabajos» a los que no puede llegar.

Si se encontraba ante una empresa que la prudencia humana le desaconsejaba, pero hacia la que se sentía arrastrado por una llamada de lo alto, se apresuraba todavía menos que en otra circunstancia. Dejaba que el conflicto interior se resolviese como por sí mismo, hasta el momento en que la voluntad de Dios apareciese más manifiesta. Entonces pisaba la sabiduría humana y se echaba completamente en brazos de la Providencia. En el intervalo, su indecisión se traducían en *sí* y *no* que algunos tomaban por habilidad y delicadeza, y que no eran más que la expresión de influencias diversas ejercidas sobre él por motivos opuestos. De los casos de este tipo decía<sup>72</sup>: «Como ha podido ver, no tomo partido más que cuando veo que ya no puedo echarme atrás». O también, refiriéndose a la compra de Saint-Remy, su primera casa alejada de Burdeos<sup>73</sup>: «Quiero esta obra y, al mismo tiempo, la temo; espero ser arrastrado, por así decir, por el curso de la Providencia». La misma actitud frente a los gastos que necesitaría la ampliación del noviciado de Saint-Laurent<sup>74</sup>: «No he comenzado todavía a levantar Saint-Laurent, los gastos me asustan. Quisiera verme como forzado por la necesidad. Entonces iría adelante sin temor».

Sin temor iba adelante, y, cuando todos dudaban, él aportaba una imperturbable confianza. Escribe a David Monier<sup>75</sup>: «Usted sabe que yo tanteo mucho, pero no me vuelvo atrás en lo que ya he emprendido». En otra carta es todavía más afirmativo: «Puede usted asegurar al señor Bardenet mis disposiciones para proseguir la obra comenzada (la casa de las Hijas de María en Arbois). No he abandonado nunca lo que he emprendido, y desde luego no voy a empezar a fallar con ésta»<sup>76</sup>. Con eso no hacía más que aplicar las reglas sobre la constancia que se había trazado en los tiempos de su estancia en Mussidan: «Una vez emprendida una cosa, no dejarla nunca ni suspenderla mientras subsistan las razones que hicieron emprenderla o mientras los superiores no pidan su reforma».

Desconcertaba a todo el mundo con su audacia, cuando se sabía que era tan reservado y prudente. La prudencia natural cedía el paso a una prudencia totalmente sobrenatural, y no tenía que arrepentirse de esta preferencia. Decía de él la Madre de Trenquelléon<sup>77</sup>: «Mira cómo recompensa Dios al Buen Padre, que no actúa más que para su gloria. Porque a veces, si juzgamos sólo humanamente, parecería que es imprudente, y Dios se las arregla y le envía lo que necesita para saldar todos sus asuntos, precisamente en los momentos en que parece estar ahogado». Eso había sucedido en la Misericordia cuando dijo a Thérèse de Lamourous que comprase el convento de las Anunciadas, sin saber cómo se iba a pagar<sup>78</sup>. Él mismo constataba a menudo en sus cartas lo sabio que era este abandono a la Providencia. A uno de sus hijos decía<sup>79</sup>: «Esta casa (Courtefontaine) ha nacido bajo los auspicios de la Providencia; y no crea, querido hijo, que eso es poca cosa. Todas las obras que he creído que Dios pedía y que he emprendido por eso son las que mejor han resultado; pero se necesita en los que las llevan mucha fe y confianza». Tampoco en estos casos el P. Chaminade descuidaba ninguno de los medios humanos. Escribía<sup>80</sup>: «Usted dice muy alto: la fe y la confianza hacen milagros; yo digo muy bajo: la fe y la confianza sólo hacen

<sup>71</sup> 11 de junio de 1839. *Carta 1143, Lettres, t. V, p. 23.*

<sup>72</sup> Al P. Lalanne, 30 de abril de 1831. *Carta 588, Lettres, t. III, p. 19.*

<sup>73</sup> A David Monier, 21 de mayo de 1823. *Carta 236, Lettres, t. I, p. 422* Escribía al P. Chevaux el 30 de noviembre de 1832: «Dejémosnos siempre como arrastrar por las disposiciones de la Providencia». *Carta 652, Lettres, t. III, p. 205.*

<sup>74</sup> A David Monier, 30 de abril de 1822. *Carta 196, Lettres, t. I, p. 336.*

<sup>75</sup> 21 de junio de 1822. *Carta 205, Lettres, t. I, pp. 352-352.*

<sup>76</sup> Carta a la señora d'Oussières, diciembre de 1826. *Es de 27 de diciembre de 1826. Carta 423, Lettres, t. II, p. 252.*

<sup>77</sup> A Madre Encarnación, 27 de febrero de 1826. *ABT, carta 638.4, Vol. II, p. 512*

<sup>78</sup> Véase más arriba capítulo 10. *Volumen I, p. 172*

<sup>79</sup> A Perrodin, 13 de julio de 1840. *Carta 1212, Lettres, t. V, p. 226.*

<sup>80</sup> A Baillard, 14 de septiembre de 1837. *Carta 992, Lettres, t. IV, p. 226.*

milagros en la medida que son necesarios, después de haber empleado los medios que la fe puede sugerir».

A uno de sus comunicantes desvelaba todo su «sistema». Le dice<sup>81</sup>: «En realidad, nuestros recursos son inagotables, los encontramos en el tesoro de la Providencia que protege de manera admirable al Instituto de María. Pero nunca me permito recurrir a estos recursos más que en la medida que la misma Providencia divina parece invitarme a ello. Seguir paso a paso los planes de Dios, haciendo las obras que se digna delegarme, ése es todo mi sistema. Desde hace algún tiempo estoy casi siempre en la escasez, y sin embargo, cuando llega la ocasión, tengo una abundancia que asombra. Por ejemplo, la pasada semana estaba en apuros para pagar unas pequeñas cuentas. En ese aprieto, creí ver los designios de la Providencia en una amplia casa que se me ofrecía<sup>82</sup>. Pedí un poco de tiempo para tomar una decisión. A la veinticuatro horas, pude ofrecer ochenta mil francos contantes. Una vez hecha la compra, he vuelto a la escasez habitual».

Podríamos multiplicar los ejemplos. Nos contentaremos con citar un pasaje de su correspondencia en que el fundador distinguía la parte que daba y quería que se diese respectivamente a la prudencia humana y a la prudencia sobrenatural. A la Madre de Trenquelléon, que le consultaba sobre la admisión de una postulante sin fortuna, le dicta las dos reglas siguientes<sup>83</sup> «La primera regla: no cargar al convento con más fuerzas de las que puede llevar, no dañar lo que necesitan aquellas a quienes se les ha prometido la subsistencia. La segunda regla: para un sujeto de gran virtud, de una vocación extraordinaria, no consultar demasiado a la prudencia humana, si Dios inspira recibirle, por motivos importantes; obedecer a este impulso potente». Se observará la perfecta conformidad de esta conducta con la de san Francisco de Sales, que decía: «La verdadera virtud de prudencia debe ser verdaderamente practicada, pero de tal manera que la virtud de un confianza sencilla supere todo».

Detenemos aquí la descripción de la fisonomía moral del P. Chaminade. Todos los aspectos de esta fisonomía: bondad, sabiduría, moderación, prudencia, energía, se fundan y se resumen en un rasgo totalmente característico, la serenidad del alma y del rostro, y es impresionante ver cómo el tipo que se realiza en el P. Chaminade se acerca al ideal de sabio propuesto por la filosofía de todos los tiempos y al ideal de santo propuesto por el cristianismo. No nos puede extrañar encontrar este término de santo aplicado al P. Chaminade en la pluma y en los labios de muchos de los que mejor le conocieron en épocas diferentes de su vida<sup>84</sup>. No nos pertenece ni confirmar ni invalidar ese juicio, porque nuestro papel de historiador nos invita sólo a poner de relieve los hechos mismos.

Seguiremos nuestro relato, no sin antes completar el retrato del P. Chaminade esbozando su fisonomía intelectual e indicando los principios característicos de su dirección.

<sup>81</sup> A Bardenet, 31 de mayo de 1824. *Carta 293, Lettres, t. I, p. 570.*

<sup>82</sup> Se trataba de la adquisición del hotel de Razac para el traslado del internado de la calle des Menuts.

<sup>83</sup> 15 de octubre de 1817. *Carta 93, Lettres, t. I, p. 165.*

<sup>84</sup> Por ejemplo, del P. Joffre (*Abbé Degan, "Vie de M. Joffre", Typographie V<sup>e</sup> Dupuy et Comp., Bordeaux 1862, pp. 45-46*), de Lalanne (carta a Chevaux, 4 de octubre de 1833) *AGMAR 25.1.20*, de Roussel (carta a Chevaux, 12 de diciembre de 1844), de Pernet, que fue más tarde jesuita (notas de Sylvain), etc. *AGMAR 17.4.201.*

## Capítulo 25: Retrato del P. Chaminade: su fisonomía intelectual y su doctrina

Viendo las obras que emprende el P. Chaminade, su mucho trabajo y su atención a las realidades prácticas, se estaría tentado de considerarlo como uno de esos hombres de acción para los que la especulación no es más que el pasatiempo de los ociosos. Y sin embargo, el P. Chaminade era «un espíritu meditativo», como nos asegura el discípulo que mejor le ha conocido, el P. Lalanne<sup>85</sup>.

Le gustaba el estudio y había adquirido conocimientos lo suficientemente amplios y profundos como para que el propio Lalanne pudiera escribir en una de sus cartas que «el P. Chaminade era no sólo un santo, sino también un sabio»<sup>86</sup>. Sus estudios comenzados en Mussidan, seguidos en Burdeos y en París, habían sido retomados durante los tiempos libres forzados del exilio, y después no habían sido nunca completamente abandonados, a pesar de la sobrecarga de ocupaciones.

Leía mucho y sabía leer, es decir que, deseoso de controlar sus propias ideas y adquirir otras nuevas, se esforzaba en sacar de sus autores lo que éstos tenían de original. Acababa de ser fundada su Compañía, los recursos eran modestos, y, sin embargo, no dudó en comprar en 1823 la gran biblioteca del P. Cosne<sup>87</sup>, y dotó así a sus hijos de un instrumento de trabajo incomparable. Efectivamente, era una de las bibliotecas mejor equipadas de la época. Tenía doce mil volúmenes, en los que todas las ciencias naturales, filosóficas y religiosas estaban representadas con libros de fondo. El P. Cosne, antiguo cordelier, era un bibliófilo. Encargado, antes de la Revolución, de la biblioteca de su convento, y, con monseñor d'Aviau, de la del arzobispado, había aprovechado, después de la tormenta, la dispersión de todas las bibliotecas antiguas, para hacerse él mismo una biblioteca de libros de valor. Cedió todo al P. Chaminade, su amigo, por un precio relativamente módico. El P. Chaminade usó de ella hasta sus últimos días. No renunció a leer más que cuando sus ojos fatigados ya no le servían. Incluso entonces conservó en torno suyo unos cuantos libros preferidos y pedía a sus hijos que le leyeran de ellos.

Si le gustaba instruirse de la experiencia y del pensamiento otros, le gustaba más todavía reflexionar. Ampliaba los temas, alargaba sus horizontes, elevaba su punto de vista, y se unía a los principios más generales, tomando los más seguros. Cuando de estas cumbres bajaba a las soluciones prácticas, no siempre coincidía con sus contemporáneos. Poco le importaba, a no ser que tuviese que moverse en el dominio de las ciencias sagradas, en que la autoridad de la Iglesia reivindicaba derechos inalienables. En esto manifestaba una docilidad de espíritu completa porque el principio sobre el que reposaba, el respeto debido a la Iglesia, le parecía sólidamente establecido. Sin embargo, incluso en esta materia, cuidaba muy bien de no confundir las reglas de la Iglesia con las aplicaciones más o menos arbitrarias que el uso o el capricho hacen de ellas en tiempos y lugares determinados, aunque su espíritu se inclinase siempre preferentemente hacia una conformidad tan completa como fuese posible con todo lo que parecía emanar, de cerca o de lejos, de esta autoridad respetada.

En los demás dominios, se liberaba de la servidumbre de las ideas recibidas, y no temía abrir nuevas vías si juzgaba que su apostolado podía ganar con ello. En este caso, su principio era orientarse en el futuro más que en el pasado, De ahí visiones originales que a veces han desconcertado a sus contemporáneos, pero que el resultado ha justificado suficientemente. Hemos visto ejemplos impresionantes de ello en la creación y organización de sus congregaciones y de sus órdenes religiosas. Todas sus realizaciones están marcadas a menudo por una idea nueva y siempre personal.

<sup>85</sup> Memoria del 13 de febrero de 1842.

<sup>86</sup> Carta a Chevaux, 4 de octubre de 1833. *AGMAR* 25.1.20.

<sup>87</sup> *Hay que corregir, tanto en el texto como en esta nota, la ortografía del nombre; se trata del P. Conne. Cfr. carta 177, Lettres, t. I, pp. 306-307.* El P. Cosne era, en 1823, el confesor de monseñor d'Aviau; enseñaba la moral en la facultad de teología. Murió en 1825. Algunas notas biográficas sobre el P. Cosne se pueden encontrar en la *Histoire des Séminaires*, t. II, p. 151.

Sin embargo, no era especulativo en el sentido propio del término. Su especulación no quedaba nunca en el dominio de la verdad abstracta perseguida por ella misma: no era un fin, sino más bien un medio. Todas las tendencias de su naturaleza iban a la práctica, y en este sentido es verdad que era ante todo un hombre de acción. Su inteligencia estaba maravillosamente dotada para ayudarle en ese aspecto. Poseía un fondo de buen sentido y de juicio recto que por sí solo constituye un tesoro precioso. Además tenía la facultad de discernir los detalles, de percibir hasta los menores matices y aplicar así los principios a las necesidades y a las circunstancias. Esa clara visión de los diferentes aspectos de una misma cuestión hizo decir de él al P. Lalanne que su mente era «sutil». Efectivamente, parecía llevar esta cualidad hasta el exceso. No es que sus razonamientos se basen en sutilezas, lo que sería un fallo del juicio, sino que captaba tan bien todas las diversas caras de una cuestión que su análisis demasiado exacto perjudicaba a veces a la claridad de sus decisiones. Contribuía a aumentar su duda ante una grave decisión, sobre todo cuando coincidía con una incertidumbre respecto a la voluntad de Dios. Pero eso no era más que una imperfección de detalle; aunque a veces perjudicase a sus obras, no le impedía ser eminentemente apto para la acción.

Con esas disposiciones de espíritu, el P. Chaminade da a la forma una importancia sólo secundaria. Entendía el arte y lo amaba<sup>88</sup>, pero no se veía que tuviese el temperamento de artista: la imaginación jugaba en él un papel accesorio. Su cultura literaria era muy cuidada y, desde ese punto de vista, pertenecía enteramente al siglo XVIII, tan clásico y tan fiel al culto de la antigüedad. Pero si estimaba la forma, si no la descuidaba más que con pesar, no podía sacrificarle el fondo. Es la impresión que se desprende de la lectura de sus cartas, que son cartas sobre asuntos que resolver y cartas de dirección, escritas de prisa en medio de las más graves preocupaciones. Revelan la preocupación del orden, la claridad, incluso de cierta elegancia, y, sin duda, no carecen de encanto. Alusiones finamente redactadas, comparaciones originales, firmeza y claridad de estilo que parecen reflejarse en una escritura recta, recogida, cuyos rasgos están perfectamente formados: todo esto unido a la gran riqueza de fondo, cuya lectura resulta muy atractiva. Pero sus cartas no tienen ninguna pretensión literaria: incorrecciones de detalle, frases inacabadas, seguidas de *etc.*, reflejan al hombre abrumado por las ocupaciones, que no puede aplicarse a lo que no es absolutamente esencial. Él mismo se da cuenta de ello. Escribe<sup>89</sup>: «Usted encontrará incorrecciones de estilo en mis cartas. Continuamente me distraen cuando estoy escribiendo y no tengo tiempo de leerme de nuevo».

Sus sermones eran más cuidados. Fiel a la tradición del siglo XVIII, creía que el respeto debido a sus oyentes exigía un estilo al menos correcto. Además se había formado en la escuela de los grandes sermonarios y no tenía dificultad para dar a sus frases los giros del período clásico. Era todo lo que tenía en común con los predicadores del siglo anterior. Su pensamiento era simple, enemigo de toda afectación: evitaba la perorata filosófica y la sensiblería, iba derecho al objetivo que era convertir y no agradar. Hacía uso constante de la sagrada Escritura, creyéndose autorizado, siguiendo el ejemplo de los Padres y la costumbre de su tiempo, a emplearla en los diferentes sentidos que la tradición cristiana le da y no solamente en sentido estrictamente literal. Dice él mismo : «La palabra del sacerdote debe ser, en la medida de lo posible, un tejido de sagrada Escritura, pero sin ninguna afectación»<sup>90</sup>.

Aunque la actividad intelectual del P. Chaminade no se fijase ni en la filosofía propiamente dicha ni en la literatura, no era exclusivamente la agitación devoradora de un hombre activo. Recogido como estaba en medio de las mayores ocupaciones, conservaba la suficiente libertad de espíritu para volver a sus estudios y alimentarlos sin cesar. Naturalmente mantenía de preferencia

---

<sup>88</sup> «Amo la música y me gusta que sea enseñada a los alumnos que tienen disposiciones» (A Lalanne, 15 de julio de 1832. *Fecha ligeramente equivocada, se trata de la carta 634, de 13 de julio de 1832, Lettres, t. III, p. 168*). Habla en términos análogos del dibujo.

<sup>89</sup> Al P. Caillet, 10 de julio de 1825. *Carta 356, Lettres, t. II, p. 34*.

<sup>90</sup> Desgraciadamente no tenemos más que raros fragmentos de sermones enteramente redactados por el P. Chaminade. Porque, como él mismo declaraba a la policía que, en 1809, le había incautado sus proyectos de sermones entre sus papeles: «Cuando tenía que hablar de un tema de moral o de religión, ponía algunas ideas en una hoja. Cuando creía poseer el tema, dejaba de escribir. No escribió nunca ni discursos ni conferencias más que para fijarse, y, la mayor parte de las veces, no escribía la idea en que se fijaba». *AGMAR, I.1.38; cfr. EP, v. I, p. 251*. Tenemos un gran número de estos esquemas, que muestran al menos la personalidad de su pensamiento y la abundancia de sus lecturas.



los que iban más directamente al fin apostólico que perseguía, apologética, dogmática, moral y ascetismo. Estas dos últimas materias eran sus predilectas y adquirió en ellas una incontestable competencia.

La moral le interesaba. Sus sermones se inspiran a menudo en Bourdaloue. Exhorta más bien que expone. Va derecho a la práctica, tanto si recomienda la devoción a María como si predica los fines últimos o analiza directamente y corrige las costumbres de los hombres. Destaca en observaciones psicológicas, porque ha estudiado mucho el corazón humano en los libros, y más todavía en la viva realidad. Ha dejado muchas notas interesantes que revelan agudeza observadora: llevan a los sujetos más variados, lo más a menudo a jóvenes y religiosos, los dos campos de observación que tiene constantemente ante sus ojos. Por ejemplo, si se propone comparar las tendencias del joven antes y después de su matrimonio, he aquí sus reflexiones: «Antes, le gusta acicalarse; después, si le sigue gustando acicalarse, ya no se atreve: Antes, le gusta ser actor, jugar un papel; después, prefiere ser espectador u oyente, le gusta juzgar a los otros. Antes, es más sensible a la amistad y a los testimonios de afecto; después, es más sensible a la estima, a las atenciones. Antes, el ejemplo le produce una viva impresión, ama las modas; después, sólo le remueven las multitudes. Es lento en seguir las modas, etc.».

Este conocimiento muy exacto del corazón humano, junto a su excepcional prudencia y a su gran bondad, le valen una confianza universal. Un gran número de sacerdotes y de laicos le abren su alma y se confían a su dirección<sup>91</sup>. Presbiterios, seminarios, comunidades religiosas, de todas partes acuden a él para solucionar casos difíciles, y no es ésta la menor de sus ocupaciones. Hace ver a menudo en sus cartas que a menudo deja sus ocupaciones «para resolver alguna dificultad de moral o de derecho canónico»<sup>92</sup>.

Una cuestión que aparece frecuentemente es la del préstamo a interés. En esta época, la enseñanza sobre este punto poco firme y se choca con dificultades, insuperables para los que no conocen más que la letra de la doctrina tradicional. El P. Chaminade no cree poder proponer una doctrina nueva, pero aporta en la interpretación de las reglas antiguas esa sabiduría y moderación que le caracterizan y abre una vía práctica y segura en relación con las nuevas condiciones económicas en que se desenvuelve la sociedad moderna.

Su manera de resolver las dificultades es ésta: se mantiene en las teorías comúnmente recibidas de su tiempo, pero se esfuerza por aportar en su aplicación una justa apreciación de la importancia relativa de las cuestiones, un espíritu amplio que se inspira en las enseñanzas del evangelio y de la Iglesia más que en opiniones de tal o cual teólogo, y finalmente una bondad compasiva para con las miserias de la humanidad. Él mismo define así su manera de obrar<sup>93</sup>: «Yo no soy ni rigorista ni laxista; soy o al menos quiero ser como quiere la Iglesia de sus ministros; si me equivoco, es sin duda de buena fe». Aparte de las reglas precisas dadas por la Iglesia, estima que la observación y la experiencia los guías más seguros y que es peligroso, en materia de moral, entregarse a especulaciones que corren el riesgo de ser demasiado absolutas y de arrastrar en la práctica consecuencias enojosas.

Esta disposición de su espíritu le inspiraba de primeras aversión contra todo lo que se titulase sistema. En 1822, la doctrina de san Alfonso María de Liguori era todavía casi desconocida en Francia. El P. Chaminade no había leído nada de ella y su primer movimiento cuando se le habló fue de desconfianza. Dice<sup>94</sup>: «Se dice que las obras y sobre todo el sistema que aparecen con el nombre del Beato no son de él. Sea lo que sea, no debe haber ningún sistema, sobre todo en moral».

Usaba con preferencia un método empírico, en el que la teoría sólo servía como punto de partida. En los casos que no dependen sólo de la apreciación individual sino más bien de los usos recibidos en determinada época, se inspiraba, como es justo, en las doctrinas en las que había sido educado y según las cuales se determinaba la práctica común de los cristianos de su tiempo.

Su manera de obrar está bien caracterizada en su dirección respecto a la recepción de la santa comunión. Por una parte, conforme a su método, no admitía sobre este punto reglas absolutas. Así enseña en el noviciado de las Hijas de María<sup>95</sup>: «La comunión más o menos frecuente debe ser

<sup>91</sup> A menudo daba como penitencia la *oración universal* del Papa Clemente XI.

<sup>92</sup> Carta al P. Lalanne, 22 de diciembre de 1830. *Carta 570, Lettres, t. II, pp. 572-576.*

<sup>93</sup> A la Superiora de la Misericordia de Laval, 17 de marzo de 1841. *Carta 1252, Lettres, t. V, p. 297.*

<sup>94</sup> A Louis Rothéa, 25 de enero de 1822. *Carta S 188, Lettres, t. VIII, p. 117.*

<sup>95</sup> En sus consejos a la Maestra de novicias de las Hijas de María en Burdeos. *Entresacado de Archivo General de las FMI 2J3-17, pp. 28-27.*



otorgada a los sujetos en la medida en que su deseo se acrecienta y trabajan en destruir sus defectos, porque la comunión frecuente, sin la corrección de sus vicios, es más nociva que útil. Que cuide, sin embargo, de no caer en el exceso contrario para no debilitar las almas privándoles de este precioso alimento».

Por otra parte, en la aplicación, seguía las tradiciones del siglo XVIII todavía fielmente conservadas en su época. Eran severas y consideraban como comunión frecuente, sobre todo para los laicos, la comunión cada ocho días. Entonces se consideraba sobre todo el respeto debido al sacramento, mientras que, en nuestros días, se insiste con preferencia en los efectos producidos por la presencia de Nuestro Señor en el alma de quien lo recibe. En todo caso, el P. Chaminade animaba a los jóvenes a no pasar un mes sin acercarse a la santa Mesa, mientras que se mostraba circunspecto para admitirlos a la comunión muy frecuente, mostrándose sobre todo severo en la Misericordia para admitir a las penitentes a lo que se llamaba primera comunión. Adaptaba sus exigencias a la situación y a las necesidades de las almas que dirigía.

Se mostraba fácil sólo respecto a los religiosos, e incluso a ellos no les admitía a la comunión diaria más que si percibía en ellos disposiciones excepcionales. Pero entonces a las almas que eran objeto de este favor las mantenía en una profunda humildad. Decía a la Madre Teresa, religiosa que él tenía por muy avanzada en las vías del Señor<sup>96</sup>: «En cuanto a sus comuniones, siga con sencillez los consejos y órdenes de su confesor. Como todavía le queda mucho camino para llegar a la perfección de su estado, su confesor puede ver en la comunión de todos los días el medio necesario para hacerle avanzar hacia su fin: usted sabe lo que el ángel del Señor dijo a Elías yendo a la montaña de Horeb, etc.». Además, censuraba el uso que existía en algunos conventos de privar sistemáticamente de la santa comunión en castigo de las faltas cometidas y le gustaba citar la historia de un pariente suyo, pequeño burgués, decía él<sup>97</sup>, pero que había sido recibido en su juventud a la mesa de un gran señor. Cuando este último murió y su comensal fue obligado a volver a la mesa de familia, no pudo habituarse a ella, desmejoró poco a poco y acabó por sucumbir. Así sucede con los que son privados de la santa comunión una vez que han sido admitidos a ella.

La ciencia ascética no es más que una prolongación de la ciencia moral. El P. Chaminade destacaba en las dos. Se distinguía también por una gran amplitud de miras, liberada de fórmulas convencionales y apelando al evangelio. Uno de sus hijos estaba tentado de escrúpulos a propósito de la obligación de tender a la perfección. El P. Chaminade, después de darle consejos prácticos, le dice<sup>98</sup>: «Querido hijo, hay que conservar en general una gran libertad de espíritu y de corazón en el ejercicio de las virtudes cristianas y religiosas. Las leyes de Jesucristo no son leyes de servidumbre, por muy estrictas que sean; son leyes de gracia y amor. Estamos llamados, dice san Pablo, a la libertad de los hijos de Dios». Esta libertad del alma era en él objeto de una preocupación constante. Veía en ella la condición esencial tanto de la salud del cuerpo como del alma. Dice a propósito de uno de sus hijos enfermos<sup>99</sup>: «Haga de manera que sobre todo el alma del P. Chevaux no esté comprimida. Recuerde a menudo que es la espada la que ordinariamente estropea la vaina y no es la vaina la que estropea la espada».

Lo que caracteriza fundamentalmente la doctrina espiritual del P. Chaminade es una llamada constante a la virtud de *fe*. Comenzaba habitualmente sus conferencias religiosas con el texto del Concilio de Trento: «*Fides est initium, fundamentum et radix omnis justificationis*» o con un texto análogo de la Escritura, como éste de san Pablo: «*Justus meus ex fide vivit*» (Heb 10,38). Exaltaba la fe con un entusiasmo comunicativo y su emoción le hacía elocuente cuando comentaba las palabras de Nuestro Señor a la Samaritana: «*Si scires donum Dei*» o la de san Juan Crisóstomo que explica que «la fe nos hace reyes, sacerdotes y profetas»<sup>100</sup>.

La fe que él predica no es una adhesión puramente humana a las verdades reveladas, sino que es una virtud sobrenatural. Escribe<sup>101</sup>: «La fe es un don de Dios y no una adquisición del estudio». Recomienda la fe práctica, «que mira todos los objetos naturales o sobrenaturales que nos

<sup>96</sup> 3 de agosto de 1818. *Carta 100, Lettres, t. I, p. 177.*

<sup>97</sup> Conferencia a las Hijas de María de Arbois. *AGMAR 37.1.12.*

<sup>98</sup> A Honoré Genre, 3 de enero de 1837. *Carta 924, Lettres, t. IV, p. 91.*

<sup>99</sup> Al P. Lalanne, 22 de septiembre de 1831. *Carta 600, Lettres, t. III, p. 66.*

<sup>100</sup> Retiro de 1821. *Meditación 12ª: alusiones en varias notas de los participantes.*

<sup>101</sup> Al P. Caillet, 23 de julio de 1825. Añade: «Sin embargo, el estudio es un buen guía cuando se hace con rectitud de corazón». *Carta 362, Lettres, t. II, p. 101.*

rodean en el conocimiento que Dios tiene de ellos, y que lo juzga a esa luz para dirigir la vida según ese juicio». Sólo la sumisión de la razón no bastaría: «*Corde creditur ad justitiam*», dice el apóstol, y el P. Chaminade comenta<sup>102</sup>: «La sumisión de la razón es ya un gran favor de Dios, pero no hace más que preceder a la sumisión del corazón, y el corazón no se somete más que amando. Al menos así lo veo yo, y me parece peligroso no verlo así en la práctica».

Se puede decir que no hay una carta ni exhortación en que no anime a sus hijos a adquirir esta «fe del corazón». De ella espera la perfección y la salvación: «Lo propio de la fe del corazón es dar la estabilidad a las facultades de nuestra alma, a nuestra mente y a nuestra voluntad, digo la voluntad del hombre nuevo»<sup>103</sup>. Dice todavía<sup>104</sup>: «La fe, si usted sigue habitualmente su dirección, le conducirá infaliblemente al cielo, y, durante su ruta o su peregrinación en la tierra, le hará gozar de una profunda paz». Hablando de un religioso dice enérgicamente<sup>105</sup>: «Si esta fe puede morder en su alma, puede llegar a ser un buen sujeto».

Podríamos citar cientos de ejemplos de este tipo. Tomemos todavía alguno al azar<sup>106</sup>: «Querido hijo, haga usted de manera que todas sus acciones, poco a poco y sin inquietud, se conviertan en obras de fe, y, aunque usted sea frío y casi sin sentimiento, ¡no importa!, son las obras las que nos acompañarán ante el temible tribunal, y no los sentimientos». Piensa que la mejor recomendación que se puede sugerir a un moribundo es la fe. Escribe al confesor del enfermo<sup>107</sup>: «Usted le hablará, a su alcance, de la doctrina de la fe en Jesucristo, que la Compañía de María abraza de una manera muy especial». Por el contrario, no tiene esperanzas si está ausente la fe. Dice<sup>108</sup>: «Temo siempre mucho por una piedad que es sólo superficial y que no tiene por principio los motivos puros de la fe».

Otra característica de la doctrina del P. Chaminade es el lugar importante que atribuía a la *devoción a la santísima Virgen*. No podíamos esperar menos de un apóstol de María. Pocos temas ha predicado tan a menudo como el de la devoción a María, si juzgamos por los esquemas de los sermones que nos han llegado<sup>109</sup>. No se agotaba en esa materia y hablaba con una elocuencia comunicativa que reflejaba su profunda convicción. Enseñaba con san Anselmo y san Bernardo que la devoción a María es signo de predestinación. Escribía incluso al principio de su Manual del Servidor de María, las palabras de Alain de la Roche: «*Signum tibi probabilissimum aeternae salutis, si perseveranter in dies Mariam in suo psalterio salutaveris*. La perseverancia en saludar todos los días a María en su salterio será para ti un signo muy probable de salvación eterna», Aún más, afirmaba en sus sermones que «despreciar e incluso descuidar el culto a María es un signo de reprobación».

No concebía verdadera vida interior sin un recurso frecuente a María. Todas sus cartas están llenas de apremiantes recomendaciones a este respecto: Escribe por ejemplo<sup>110</sup>: «Me parece que su amor por la divina María va creciendo, y bendigo por ello al Señor: es Jesucristo mismo quien le inspira o, mejor dicho, le va inspirando poco a poco, según el grado de su fidelidad, el amor que él mismo tiene por su santísima Madre. Su amor por ella es eterno por el designio eterno de su encarnación. Lo que no dejo de admirar desde hace algún tiempo, y demasiado poco tiempo, es que María, en el momento de la encarnación, fue asociada a la fecundidad eterna del Padre por su fe viva animada de una caridad incomensurable». De una forma u otra repetía a cada uno de sus hijos: «Manténgase siempre en compañía de la santísima Virgen, sobre todo en sus oraciones»<sup>111</sup>. Así les asegura un progreso rápido. Ninguna de las prácticas de devoción a la Virgen le parecía vana. Recomendaba especialmente el rosario<sup>112</sup> y hacía celebrar el mes de María, práctica que entonces estaba todavía poco extendida. Al culto de María, asociaba estrechamente, como ya

<sup>102</sup> Al P. Lalanne, 23 de enero de 1833. *Carta 661, Lettres, t. III, p. 227.*

<sup>103</sup> Al P. Lalanne, 23 de enero de 1833. *Ibidem, pp. 227-228.*

<sup>104</sup> A Clouzet, 29 de noviembre de 1827. *Carta 443, Lettres, t. II, pp. 298-299.*

<sup>105</sup> A Clouzet, 29 de marzo de 1832. *Destinatario equivocado. Es a Chevaux, Carta 619, Lettres, t. III, p. 129.*

<sup>106</sup> A un destinatario desconocido, el 17 de enero de 1839. *A Chevaux, Carta 1111, Lettres, t. IV, p. 445.*

<sup>107</sup> Al P. Léon Meyer, 5 de mayo de 1844. *Carta inexistente. No ha sido posible identificar la cita.*

<sup>108</sup> Al P. Léon Meyer, 3 de septiembre de 1834. *Carta 757, Lettres, t. III, p. 450.*

<sup>109</sup> Y sin embargo, en las fiestas de la Virgen, tenía costumbre de invitar a un predicador extraño para atraer más gente a la Madeleine.

<sup>110</sup> A Perrodin, 1 de marzo de 1843. *Carta 1271, Lettres, t. V, p. 348.*

<sup>111</sup> A Claude Mouchet, 9 de noviembre de 1836. *Carta 897, Lettres, t. IV, p. 51.*

<sup>112</sup> Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329.*

hemos visto, el culto de san José y se consideraba en el deber de predicar a menudo sus grandezas y la eficacia de su intercesión.

La fe y la devoción a María constituían como el sello particular, la fisonomía propia de la vida interior, tal como la encontramos practicada y recomendada por el P. Chaminade. Los demás puntos de su doctrina espiritual, aunque sean en él menos particulares, no están desprovistos de interés ni incluso de cierta originalidad.

Para él los elementos constitutivos de la vida espiritual, así como los ejercicios que deben mantenerla sin cesar, cualquiera que sea el grado de perfección al que se haya llegado, son la oración y la mortificación, que son dos prácticas inseparables. Escribe<sup>113</sup>: «Querido hijo, tiene usted razón en que, si es usted mortificado, sobre todo de la mortificación interior, y si es un hombre de oración (y no será nunca lo uno sin lo otro), pondrá remedio a todo lo que le falta».

La *oración* ocupa el primer lugar. Enseña a sus congregantes<sup>114</sup> que no hay buena oración en la que no entren los primeros elementos de la oración mental. Según él<sup>115</sup>, «la oración es el eje sobre el que se mueve toda la vida interior». No debe ser estorbada por ninguna ocupación ni tampoco por la mortificación. A uno de sus hijos inclinado a excederse en este último punto, le dice<sup>116</sup>: «Tome el alimento que necesita para mantener sus trabajos; tome también reposo suficiente. Largas vigilias le pondrían en la imposibilidad de orar que tanto necesita con los apuros y dificultades que tiene usted que resolver».

Por la naturaleza de las cosas, la oración es el único camino que lleva a la vida interior, porque, según él<sup>117</sup>, «la vida interior no es más una oración continua, y no comprendo cómo se puede llegar a ella sin buenas oraciones particulares». Dice todavía<sup>118</sup>: «Por muy apremiado que está, dedique suficiente tiempo a la oración. Sólo aquí encontrará usted, en gran abundancia, esa paz del alma de la que no debe salir nunca; aquí aprenderá a resignarse y a tener paciencia en las numerosas dificultades y contrariedades que nunca faltan en los establecimientos llamados a producir grandes bienes». Iba tan lejos en el culto de la oración que, en un retiro, dijo a sus hijos: «Una oración bien hecha es una verdadera comunión, una unión verdadera con Jesucristo, aunque no sea sacramental».

En cuanto a la manera de hacer oración, no es exclusivo. Piensa<sup>119</sup> que «todas las formas de oración son buenas, con tal que se haga». Cuando, apremiado por sus hijos a guiarlos en este ejercicio esencial, se decide a tomar la pluma y a dejarles algunas notas orientadoras, comienza por estas palabras significativas: «Hay muchos métodos de oración y pocos hombres de oración». No da un método nuevo, y se contenta con dar consejos que pueden adaptarse a todo buen método, sin crear uno especial.

A los principiantes les recomienda lo que él llama la *oración mixta*, que combina la oración vocal con la oración mental y que apoya sus reflexiones y sus afectos en un texto seguido. A este respecto, el *Credo* le parece el texto más fecundo. Dice<sup>120</sup> que «así se acostumbrará a meditar y dominar la imaginación. Puede uno encontrarse muy bien en la oración sin gustar de la consolación. Hay que obrar, hay que hacer violencia a la imaginación: si no se trabaja, no se tendrá nunca nada». Este primer paso conduce a lo que el P. Chaminade llama la *oración de fe*, «que gira sobre las verdades de la fe y que se hace sólo a la luz de la fe». En realidad, es la verdadera oración y, cualquiera que sea el método empleado, el P. Chaminade quiere que se le imprima ese carácter. La oración de fe se completa, según él, con la oración de *presencia de Dios*, es decir con tal crecimiento de la fe que, mientras dura la oración, el alma se mantiene en la atmósfera permanente de la presencia de Dios. Se comprende que las formas más elevadas de oración puedan encerrarse en esta denominación.

<sup>113</sup> Al P. Chevaux, 18 de noviembre de 1836. *Carta 902, Lettres, t. IV, p. 56.*

<sup>114</sup> Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329.*

<sup>115</sup> A Clouzet, 4 de febrero de 1839. *Error: es a Léon Meyer, 6 de febrero de 1839, Carta 1115, Lettres, t. IV, p. 450.*

<sup>116</sup> Al P. Caillet, 17 de mayo de 1824. *Carta 288, Lettres, t. I, p. 558.*

<sup>117</sup> A Clouzet, 19 de marzo de 1839. *Carta 1127, Lettres, t. IV, p. 466.*

<sup>118</sup> A Clouzet, 9 de abril de 1827. *Carta 432, Lettres, t. II, p. 272.*

<sup>119</sup> Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329*

<sup>120</sup> Consejos a la Maestra de novicias del noviciado de Burdeos. *AGMAR 39.1.3-4, pp.30-31; Archivo General de las FMI 2J3-A17, pp. 4-5.*

Una vez conseguida la verdadera oración de presencia de Dios, ella mantiene al alma en la paz y el recogimiento, en medio de las actividades que más disipan del mundo. Dice el fundador a uno de sus hijos<sup>121</sup>: «Si usted lleva el recogimiento a sus ocupaciones, éstas no perjudicarán a la oración; todos nuestros trabajos deben ser una continuación de la oración: *Oportet semper orare et nunquam deficere*». Y a otro escribe<sup>122</sup>: «Que toda su jornada sea una continuación de la oración. Al comienzo de sus principales acciones, entre en recogimiento, y, para que todo vaya bien, renuncie, como al comienzo de la oración, a todas las malas disposiciones e inclinaciones de la naturaleza corrompida para buscar sólo a Dios en todo lo que tiene que hacer. Al principio, querido hijo, usted verá en estas prácticas sólo una sujeción que le será poco agradable; pero, con un poco de constancia, encontrará una gran paz del alma».

La oración no marcha sin la *mortificación*. La mortificación es indispensable para la salvación, según la doctrina misma de Nuestro Señor: *abneget semetipsum*. El P. Chaminade insiste constantemente y predica retiros enteros sobre este tema. En cuanto a la mortificación del cuerpo, él mismo usa demasiado de ella como para condenarla. Dice<sup>123</sup>: «Censurar las austeridades, las penitencias y los actos de humillación sería censurar la conducta de los santos, sería censurar el evangelio». Y añade: «De eso no hay que concluir que haya que usarlos indiscretamente y sin consejo». Aplica aquí ese sabio discernimiento que sabe reservar a cada cosa su tiempo y su lugar. A unos, aconseja penitencias corporales, y, cuando no saben cómo hay que tomar la disciplina, encarga a su fiel Juan que les enseñe, mientras él mismo recita el salmo *Miserere*<sup>124</sup>. A otros niega esas mismas penitencias y les ordena que cuiden de su salud para ser más aptos para trabajar para la gloria de Dios<sup>125</sup>.

He aquí la regla general que en esta materia traza a la superiora de las Hijas de María<sup>126</sup>: «Me pregunta usted qué conducta debe tener con las que le piden penitencias corporales. Le hace falta, querida hija, mucha discreción. Es cierto que esas penitencias han sido generalmente alabadas y practicadas al menos por la mayor parte de los santos; es cierto que el cuerpo debe ser sometido al espíritu y que, para la gran mayoría, los otros medios son insuficientes. Sin embargo, hay que tener cuidado, porque en esta materia Satán toma muy a menudo la forma de ángel de luz». Por tanto, hay que discernir los motivos que determinan las peticiones de esta naturaleza y obrar en consecuencia. Incluso no siempre se puede decir que la penitencia debe ser proporcionada al estado de salud del sujeto. Dice<sup>127</sup>: «El ejercicio de la penitencia tiene que estar regulado no sólo por las fuerzas del cuerpo sino por las inspiraciones del Espíritu Santo o del Espíritu de Jesucristo. La dificultad está en asegurarse de la verdad de esas inspiraciones». Se asegura en la oración, en la obediencia y en «la unión al Sagrado Corazón de Jesús penitente».

El alma que se da a la espiritualidad pasa diferentes etapas que le conducen progresivamente a la perfección, y que se llaman comúnmente vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva. El P. Chaminade las estudió e incluso hizo un pequeño tratado sobre este tema, que no ha sido publicado nunca y que ha quedado para uso exclusivo de sus hijos. Él distinguía los tres grados sucesivos de la vida interior con los nombres de *preparación*, *purificación* y *consumación*, que no parecen muy diferentes de los anteriores pero que contienen una diferencia bastante notable en el fondo mismo de las ideas. No podemos detenernos en analizar este método, aunque parece pertenecer al propio P. Chaminade. Pero al menos es nuestro deber indicar los rasgos esenciales.

La *preparación* empieza por la adquisición «de los cinco silencios, con los que hacemos callar en nosotros las voces indiscretas que nos impiden escuchar a Dios»<sup>128</sup>: el silencio de la palabra, que es el más elemental de todos; el silencio de los signos, que reprime las manifestaciones exteriores de nuestras pasiones; el silencio de la mente, que aparta la multitud de planes,

<sup>121</sup> Al P. Léon Meyer, 3 de marzo de 1834. *Carta 729, Lettres, t. III, p. 401.*

<sup>122</sup> A Prost, 28 de diciembre de 1835. *Carta 813, Lettres, t. III, pp. 554-555*

<sup>123</sup> Al P. Charles Rothéa, 5 de julio de 1825. *Carta 355, Lettres, t. II, p. 78.*

<sup>124</sup> Notas manuscritas de Sylvain. *AGMAR 17.4.329.*

<sup>125</sup> En muchas cartas al P. Chevaux.

<sup>126</sup> A la Madre Saint-Vincent, 27 de febrero de 1828. *Carta 450, Lettres, t. II, p. 310 (Cita entresacada).*

<sup>127</sup> Al P. Léon Meyer, 26 de junio de 1832. *Carta 633, Lettres, t. III, p. 165.* La misma doctrina en los Consejos a la Maestra de novicias del noviciado de Burdeos.

<sup>128</sup> Consejos a la Superiora del noviciado de las Hijas de María en Burdeos. *Recorriendo los documentos citados en las notas 11 y 36, no se encuentra esta cita.*



combinaciones y preocupaciones diversas que asaltan al alma disipada; el silencio de las pasiones, que aparta el orgullo y la cólera; el silencio de la imaginación, que disipa los vanos fantasmas que habitan nuestra mente, Comprendido así, el silencio opera el recogimiento, que, junto a la obediencia y a la aceptación de las mortificaciones, termina de *preparar* el alma a la acción de la gracia.

El trabajo de *purificación* nos libra de las causas permanentes de nuestras caídas, unas inherentes a nuestra frágil naturaleza: nuestras debilidades, nuestras inclinaciones naturales y nuestras incertidumbres; otras, que nos solicitan desde fuera: las contrariedades, las sugerencias del mundo y las tentaciones. Estudiar estos obstáculos y eliminarlos, es poner el alma en situación de aspirar a la práctica de las virtudes sólidas.

Después de la purificación viene la *consumación*, «el sacrificio en que la víctima recibe el golpe de muerte en la humildad, la abnegación de sí mismo, la renuncia al mundo y la pobreza. El alma se reviste entonces de Jesucristo para vivir con él de la fe, esperanza y caridad»<sup>129</sup>. El objetivo final que hay que perseguir, que no hay que perder nunca de vista y que hay que conseguir en la medida de nuestras fuerzas y de la ayuda de lo alto, es la unión con Nuestro Señor, unión íntima y fecunda, que despoja al alma en cierta manera de sí misma, la reviste de Jesucristo y transforma las propias operaciones en las de Nuestro Señor.

El P. Chaminade encontró en dos opúsculos de Olier, que llama «dos folletos preciosos»<sup>130</sup>, una exposición de esta última doctrina que respondía exactamente a su propio pensamiento. Esos dos opúsculos, *Catéchisme chrétien pour la vie interieur* e *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes*, son analizadas así por el autor de la *Vie de M. Olier*<sup>131</sup>: «En el *Catechisme chrétien pour la vie interieur*, Olier propone, por medio de preguntas y respuestas, la necesidad primero de morir a la vida de Adán, es decir al orgullo, a los placeres, al amor de las riquezas, y de vivir luego de la vida de Nuestro Señor, amando como él la humildad, la mortificación y la pobreza, y participando en la gracia de sus misterios. Es el objeto de la primera parte. En la segunda, muestra que las oración es el medio principal para adquirir este espíritu y para conservarlo». «En la *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes*, Olier enseña a sus discípulos a practicar, con el espíritu de Nuestro Señor, las verdaderas virtudes, sobre todo las que son más necesarias para destruir los deseos corrompidos del hombre viejo, como la humildad, la paciencia, la mortificación, la pobreza y la obediencia. En una palabra, la mortificación de las pasiones y el establecimiento de la vida de Jesucristo resumen toda la espiritualidad de Olier, que por eso el P. Hilarion Nolay llama con razón: el meollo y la quintaesencia del evangelio».

Sin detenerse en la primera parte de estos opúsculos, que encierra una teoría de los efectos de la caída original apoyada en una exégesis quizá forzada y en todo caso desalentadora para muchas almas, el P. Chaminade abraza plenamente la segunda parte, que trata de la unión con Nuestro Señor en términos excelentes. Decía a sus sacerdotes<sup>132</sup>: «Conviene que tengamos la misma doctrina» en esta materia. «Adopto por más o menos la de Olier, contenida en su pequeño *Catéchisme chrétien* y en su *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes*». Creo que sólo necesita cierto desarrollo, sobre todo para los principiantes o para los que han sido mal guiados y no han estado suficientemente en la vía purgativa. Creo también que los sujetos necesitan estar preparados para que les sirva; su modo de oración sólo sirve para los que han entrado en la vía iluminativa, pero fácilmente se puede tomar su espíritu y servirse de él en la vía purgativa».

Con esta doctrina de la unión íntima con Nuestro Señor, el P. Chaminade superaba ya los límites de la espiritualidad ordinaria para entrar en el dominio de la mística. Sin embargo, nunca se internó en él a fondo, y no tenemos ningún escrito suyo que se relacione exclusivamente con ese campo. No ignoraba la mística, puesto que había estudiado y profundizado en santa Teresa, por la

<sup>129</sup> Consejos a la Maestra de novicias del noviciado de Burdeos. *Recorriendo los documentos citados en las notas 11 y 36, no se encuentra esta cita.*

<sup>130</sup> Carta a Clouzet, 5 de diciembre de 1831. *Carta 611, Lettres, t III, p. 99 (Pero en esta carta habla sólo de un folleto).*

<sup>131</sup> Faillon, *Vie de M. Olier*, 4ª edición, t. II, p. 256. El P. Chaminade leyó también mucho y meditó los *Examens particuliers* de Tronson, que, en el fondo, desarrollan la doctrina de Olier.

<sup>132</sup> Al P. Chevaux, 11 de agosto de 1833. *Carta 698, Lettres, t. III, p. 317 (Aquí habla de los dos folletos).* Después el 30 de agosto de 1833. *Carta 701, Lettres, t. III, p. 325.* La misma idea en una carta a Clouzet, 30 de julio de 1833. *Carta 694, Lettres, t. III, p. 306.*

que sentía un atractivo especial<sup>133</sup>. Sin embargo, ni la naturaleza de su espíritu ni las necesidades inmediatas que tenía que satisfacer le llevaron a dirigir hacia este lado el esfuerzo de sus trabajos en la vida espiritual. Se contentaba con guiar hacia esas cumbres escarpadas a las almas que la llamada de Dios destinaba a ello, y la sabiduría de su dirección, incluso en estas materias arduas, nos es revelada no sólo por algunas cartas que conservamos sino también por la reputación de que gozaba. Precisamente por su reputación Mons. Jacoupy le insistió mucho tiempo para que se encargase de la dirección de las carmelitas de Agen, función que no pudo aceptar a causa de sus muchas ocupaciones.

Hemos tratado de esbozar a grandes rasgos los aspectos más interesantes de la doctrina espiritual del P. Chaminade. Pero no hemos tocado las partes de esa doctrina que conciernen exclusivamente a la práctica de los consejos evangélicos. Este estudio encontrará su puesto en el capítulo siguiente, en que veremos al P. Chaminade aplicado en formar a sus religiosos y a sus religiosas en las virtudes de su estado.

\*\*\*\*\*

---

<sup>133</sup> Compartía su predilección por esta santa con las almas que le estaban más íntimamente unidas como Marie-Thérèse de Lamourous y Adela de Trenquelléon. Había leído las obras de Sor María Jesús Ágreda (1602-1665) durante su estancia en España, **en especial “Mística ciudad de Dios”**; y esas revelaciones, que han sido objeto de tantas controversias, le suministraban a veces el tema de sus diálogos con la santísima Virgen.